

BROWN, M.F. y EDUARDO FERNANDEZ

**War of Shadows; The struggle for Utopia in the
Peruvian Amazon.**

1991 University of California Press, 280 p.

La guerra de las sombras

En *War of Shandows* Michael F. Brown y Eduardo Fernández, tratan de comprender la relación entre los Asháninka y las guerrillas del MIR. Para responder a esta interrogante es necesario profundizar en la interpretación que del movimiento guerrillero hicieron los Asháninka desde sus propias categorías culturales. Esta interpretación también sería válida con respecto al presente en que se lucha con y contra los grupos subversivos de Sendero Luminoso y del MRTA.

Para lograr su objetivo, los autores rastrean la historia del contacto entre los Asháninka y los distintos grupos de foráneos que fueron llegando a la Selva Central: desde las primeras misiones franciscanas en lo que hoy es el valle de Chanchamayo, hasta la incursión de Lobatón y la guerrilla «Túpac Amaru» en 1965.

Así, Brown y Fernández descubren un patrón de comportamiento que se va repitiendo a lo largo de los siglos, en los que cada cierto tiempo, cuando la vida se ve amenazada y aumentan las muertes y sufrimientos de los Asháninka, aparecen algunos personajes que son vistos como seres sobrenaturales que van a traer la prosperidad para su pueblo. Se deja entrever que lo mismo estaría ocurriendo en la actualidad con la llegada de los subversivos.

En varias oportunidades, en el presente año, he escuchado comentarios de varios asháninkas refiriéndose a que los senderistas habían engañado a sus hermanos prometiendo muchos bienes y prosperidad, y que finalmente sólo habían traído muerte y destrucción para su pueblo. Estos testimonios podrían confirmar la tesis de los autores.

Los Asháninka, las guerrillas del 65 y la subversión de S. L y del MRTA.

Los Asháninka, también conocidos como «Campas», conforman uno de los grupos nativos más numerosos. Su población se calcula alrededor de 50 mil personas, y habitan casi todo el territorio comprendido por la Selya Central.

En 1965 los Asháninka, sobre todo los que habitan en el Gran Pajonal y en los alrededores de Satipo, se vieron inmersos en medio de las guerrillas conducidas por Luis de la Puente Uceda del MIR (Movimiento de Izquierda Revolucionaria).

Este fue uno de los muchos grupos políticos de izquierda latinoamericanos que, influenciados por el éxito de la revolución cubana, querían aplicar el mismo método de las guerrillas foquistas en otros países.

Tuvo sus orígenes en una división del partido aprista. Muchos jóvenes del partido sentían que el APRA había perdido su carácter revolucionario. Así se formó el APRA-rebelde, bajo el liderazgo de Luis de la Puente Uceda, que luego se convertiría en el propulsor de las guerrillas.

Además de la experiencia cubana, el MIR contaba con algunos antecedentes peruanos en los que grupos de campesinos habían organizado revueltas y protestas contra la

explotación y los abusos que sufrían. El caso más importante fue el de los campesinos del valle de la Convención en el Cusco, liderados por el entonces dirigente trostkista Hugo Blanco.

En 1964, el MIR inició su trabajo de proselitismo entre los campesinos de los tres frentes que habían decidido organizar: en la sierra de Piura, en el norte, en las alturas de Huancaayo, en la sierra central, y en el valle de La Convención, en el Cusco, al sur.

El grupo que tuvo como escenario la sierra y selva central fue la columna «Túpac Amaru» liderada por Guillermo Lobatón y Máximo Velando. De la Puente, que comandaba todo el movimiento tenía su sede en Mesa Pelada, en el Cusco.

La lucha de las guerrillas duró pocos meses terminando en el fracaso. La mayoría de sus miembros resultaron muertos, en combate o ajusticiados extrajudicialmente, y los pocos sobrevivientes encarcelados.

Los Asháninka participaron en ambos bandos: algunos siguieron a Lobatón, otros decidieron entregar a los guerrilleros a las autoridades militares y policiales. Otros, finalmente, resultaron víctimas de la represión, llegándose inclusive a bombardear con napalm varios poblados de la sierra y selva central.

En los últimos años, desde 1989, los Asháninka de la Selva Central se han vuelto a ver inmersos en medio de otra guerra: la de Sendero Luminoso y el MRTA. Y al igual que en 1965, hay Asháninka en ambos lados: del lado de la subversión y del lado de la represión antisubversiva.

Rastreado una historia de utopías

Desde los inicios de la presencia foránea (europea y mestiza) en la Selva Central, los Asháninka han luchado por su libertad y sus costumbres, resistiéndose a la conquista y colonización de sus tierras.

Los primeros misioneros franciscanos fueron constantemente atacados por rebeldes Asháninka que no aceptaban las costumbres que éstos querían imponerles: como la de no tener más que una mujer o la de aceptar horarios y disciplinas que no les permitían actuar con libertad como siempre antes lo habían hecho.

Es precisamente contra los misioneros y conquistadores españoles que aparece la figura de Juan Santos Atahualpa, el Señor Inka. Parece ser que Juan Santos era un indio cusqueño que llegó al Gran Pajonal acompañado de un cacique Piro. Lo curioso de la rebelión de Juan Santos es la acogida que tiene entre los Asháninka que conforman un grupo con tradiciones diferentes a las de los pueblos andinos. Brown y Fernández, por lo tanto, sugieren que ya existía una creencia milenaria entre los Asháninka desde la cual interpretaron la llegada del Inka cusqueño como un enviado del Padre Sol: un Asháninka, en 1982 narraba la muerte del Inka, llamándolo también «Itomi Pavá», el «Hijo del Sol».

El siguiente acontecimiento que analizan Brown y Fernández data de la época del caucho, uno de los períodos más sangrientos en la historia de los pueblos indígenas de la Amazonía. En 1897, un cronista franciscano, el padre Sala, transcribe el testimonio de un Asháninka que cuenta la lucha entre los blancos y su pueblo, y que ha aparecido de nuevo el «Amachenga», el Hijo de Dios, que ha bajado de los cielos para ayudar a sus hermanos.

Al parecer, este personaje era alto y blanco, que según algunos tenía bigotes y según otros no, y que convocaba a todos para ir a trabajar en el caucho en los ríos Ucayali y Manu, y que iba rodeado de unos ángeles armados que luego los convertían en esclavos. Al parecer, este «Amachenga» no sería otro que Carlos Fermín Fitzcarrald, el barón del caucho.

El tercer episodio que Brown y Fernández recogen es el de F.A. Stahl, un misionero norteamericano de la Iglesia Adventista del Séptimo Día, que llegó al valle del Perené en la década de 1920. Hacia principios de siglo ya se había instalado en este valle la Colonia Perené y muchos blancos o mestizos colonos que poseían grandes plantaciones y esclavizaban a los Asháninka.

Un estudioso de la cultura Asháninka, John Bodley, recogió en los años 60 la creencia de que Cristo aparecería en cualquier momento cercano, acompañado de desastres y cataclismos, que los muertos volverían a la vida y que los verdaderos creyentes serían llevados vivos al cielo, donde no habría ningún mal. Incluso algunos mencionaban que Dios ya había bajado a la tierra y que se hallaba en Metraró (donde se encontraba la misión de Stahl).

Otro caso similar ocurrió a fines de los años 50 y principios de los 60, a raíz de la predicación de otro misionero protestante llamado Bulner, al que muchos Asháninka identificaron con Itomi Pavá. Pero al igual que en el caso de los caucheros, los Asháninka que los acompañaron resultaron todos muertos, esta vez debido a una epidemia de malaria.

Finalmente, luego de revisar estos casos, Brown y Fernández profundizan en los acontecimientos que giraron en torno a las guerrillas de 1965, cuando algunos Asháninka

identificaron también a Guillermo Lobatón (alto, barbudo y moreno) como Itomi Pavá: el Hijo enviado por el Padre Sol para traer bienes y prosperidad a los indígenas que sufrían la explotación y abusos de los hombres blancos y mestizos.

El pensamiento milenarista: la versión Asháninka de Inkarri

Según Brown y Fernández, existiría entre los Asháninka la creencia mítica en unos seres sobrenaturales, vinculados con el Sol (Pavá, Tasoréntsi o Dios). Al parecer, el Sol enviaría espíritus buenos a ayudar a los Asháninka, devolviéndoles un mundo lleno de bienes y de prosperidad que les ha sido arrebatado a través de los siglos.

Esta creencia es muy similar al mito de Inkarri del mundo andino. Este mito narra el retorno del Inka-rey destronado y decapitado por los conquistadores españoles. A través del mito de Inkarri, los hombres andinos tratan de comprender su historia: los siglos de explotación y marginación de parte de los blancos, y al mismo tiempo representa la esperanza de un futuro cambio en que dejen de ser dominados y recuperen su prestigio y su lugar en el mundo.

Al parecer en el mito de Inkarri, y quizás también en esta creencia asháninka, se mezclan elementos indígenas y occidentales. Hubiera sido interesante que los autores profundizaran más en esta similitud entre la creencia asháninka sobre Itomi Pavá, Inkarri y otros elementos provenientes de la cultura europea. Se sabe que muchos de los franciscanos que llegaron a principios de la Colonia trajeron consigo las creencias utópicas de Joaquín de Fiore (1135-1202) sobre la Historia. Este fue un pensador milenarista de la edad media que

hablaba de tres etapas de la historia que terminan con un mundo futuro, que ya se acerca, en el que reinará el Espíritu Santo y donde los pobres vivirán felices. Fueron precisamente los franciscanos los primeros misioneros que se adentraron en territorio Asháninka.

Este no es el único caso de pensamiento milenario entre los pueblos nativos de la Amazonía. Y en este caso, los Asháninka han ido reinterpretando esta creencia mesiánica en Itomi Pavá o Amachenga a partir de su historia, de sus creencias y de otras ideas foráneas, como pueden ser el joaquinismo de los misioneros franciscanos en la Colonia o el marxismo-leninismo-maoísmo-pensamiento Gonzalo de los senderistas en estos últimos años.

En general, *War of Shadows* es un estudio importante sobre una época de la historia asháninka y peruana. Son pocos los estudios realizados hasta el momento sobre las guerrillas del 65, que permitan entender mejor la situación de violencia por la que atraviesan los Asháninka en la actualidad.

El libro cuenta también con el testimonio de personas que han vivido de cerca los acontecimientos y con fuentes de difícil acceso para los estudiosos de la historia de la Amazonía peruana, como son algunos archivos oficiales del gobierno de los Estados Unidos.

Es, pues, un esfuerzo importante para comprender mejor la visión que el pueblo Asháninka tiene de su propia historia: marcada por la explotación y los abusos de los foráneos, y al mismo tiempo esperando un mañana mejor en el cual puedan vivir en libertad y prosperidad.

Oscar Espinoza
CAAAP